

que nos han dejado empobrecida, con una economía desquiciada, con la agricultura en ruina por esa Ley de Reforma Agraria, que sólo sirve para empobrecer a muchos, sin que haya enriquecido más que a los que pertenecen a ese Instituto de Reforma Agraria, que pisan sobre millidas alfombras y usan los mejores automóviles, y dicen que ha de favorecer a los campesinos.

Pues cuando nosotros, los candidatos, nos vemos frente a eso, que ya no es lo que se llama España, porque España no es la reunión deshecha de tantos elementos dispares, sino que es el conjunto gracioso y armonioso de todos ellos; al encontrarnos esto, que ya es otra cosa, nosotros, los candidatos, medimos nuestras fuerzas y no nos atrevemos a ofrecer mucho. Pero aunque nos hayan deshecho a esa España desde las disueltas Cortes de Madrid, todos sabemos que existe otra. Yo la he visto en un repliegue de la Sierra.

Ayer estuvimos en Benaocaz, pueblecito que se aloja como un nido en un hueco de las peñas, cerca de Grazalema. Nos hicieron hablar. Se acordaron de que éramos candidatos y nos hicieron hablar. Hablamos encima de una mesa, bajo un techo de cañas con las vigas al aire, ennegrecidas por el humo. Nos rodeaban unos hombres y unas mujeres con el rostro curtido; unos hombres que, como sus padres, como sus abuelos y como sus tatarabuelos, venían cuidando sus ganados, venían labrando su terruño. Así eran, seguramente, como esos hombres, los porquerizos que al principio del siglo XVI se fueron a conquistar un continente. Junto a esos hombres estaban las mujeres; las mujeres suyas, con unos ojos tan negros, tan profundos, tan encendidos, que parecían prometer otros mil años, otros mil siglos de vitalidad. Pues bien: cerca de aquellas gentes que no sabían de política, que difícilmente entienden lo que son las candidaturas, que viven de una manera genuina, como se

vivía desde mucho antes de que existieran las ciudades, entre esas gentes, noté que estaba viva España, que toda esta obra de la Constitución que padecemos y de los Gobiernos que nos han gobernado es cosa provisional. Tenemos todavía nuestra España y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos. España está ahí, y un día encontraremos a España, y entonces tal vez no nos oigan hablar de estas cosas. Entonces, estad seguros, por ejemplo los obreros, de que no serían sojuzgados por la tiranía de los ricos que ofrecen condiciones duras diciéndoos que os elevan a la redención, porque esa España, nuestra España única, nos dirá a cada cual nuestro deber y nuestro sacrificio, y en nombre de España se gobernará, no para la clase más fuerte ni para el partido mejor organizado, sino para todos los españoles, y hemos de salvarnos juntos o hemos de perecer juntos.

Yo no me atrevo a prometeros que esa España la encontraremos en las futuras Cortes. Las Cortes son un instrumento inventado por la Constitución y por todas las corrientes y pensamientos que en la Constitución desembocaron; son un aparato que se detiene con que unos cuantos con habilidad y mala intención quieran detenerlas. Yo no os prometo, si voy a las Cortes, que en mis modestas fuerzas encuentre recursos para descubrir a esa España; pero sí os prometo, como dije al principio, que me clavaré en aquellas Cortes como un centinela para que no dé un paso más la revolución, ¡ni un paso más!, como centinela que se clava en su puesto a costa de rigores y a costa de la muerte, y os prometo que será de mucho entono para mí, en el lugar de centinela, pensar en este Cádiz, en este Cádiz vuestro que, avanzando hacia el mar como blanco navío, nos coloca más cerca de los futuros horizontes de España.»

JOSÉ ANTONIO.